

Aprendizajes y espacios de la ciudadanía

para un análisis cultural de las prácticas sociopolíticas

María Luz Morán*

Cabe observar que dentro del reciente auge de los estudios culturales existe un renovado interés por retomar el concepto de *cultura política* como herramienta útil para adentrarse en los fundamentos más profundos de la vinculación entre los individuos y la esfera de lo político. Las relecturas y las refutaciones de la versión clásica formulada por Almond y Verba (1970) han dado origen a una abundante literatura y a una no menos interesante investigación empírica. No obstante, sorprende el escaso interés por recuperar, o rebatir, una de las piezas centrales de dicha formulación: la socialización política entendida como el aprendizaje de aquellas disposiciones y contenidos básicos que conforman los “universos políticos” de las personas. Al mismo tiempo, no se puede dejar de observar que una buena parte de las escuelas hegemónicas de pensamiento -desde las teorías de la elección racional hasta el análisis institucional- si bien no encaran directamente su estudio, al operan dan por sentada aquella versión canónica de la socialización política que no es otra sino la clásica concepción parsoniana matizada por ciertas aportaciones posteriores (R. K. Merton 1987; A. Percheron 1993).

Aún así, si prestamos atención a otras muchas contribuciones surgidas en los márgenes

de las líneas predominantes de trabajo, observaremos que el problema de la socialización, o de los aprendizajes de la política, sigue considerado como un tema relevante, merecedor de reflexión y análisis. En concreto, dentro del “retorno del sujeto” aparece una revisión sistemática de dicho presupuesto, asociada al reconocimiento de estar asistiendo a un cambio de tal magnitud en las condiciones de la vida social que, muy probablemente, llega incluso a afectar a los fundamentos últimos del “cemento” de la sociedad.

Pero mi reflexión no pretende elaborar un diagnóstico de la naturaleza de la crisis de las Ciencias Sociales a comienzos del siglo XXI, ni tan siquiera aspira a pasar revista a las principales aportaciones sobre el binomio aprendizaje/innovación de aquellos valores y normas comunes que, en definitiva, ayudan a interpretar los comportamientos sociales (Bourdieu 1991, 1995; Moscovici 2000; Berger y Luckmann 1994; Dubar 1995). Mi intención en las próximas páginas, consiste en exponer una concepción de la socialización política claramente “especializada”; o, por decirlo de un modo más claro, enraizada en los espacios en los que tienen lugar las prácticas sociales. Posteriormente, en la segunda parte del texto, trataré de reconstruir el marco espacial sobre el que descansó el relato del modelo clásico de la ciudadanía. Con ello espero mostrar cómo se abren interesantes y fecundas líneas de trabajo para seguir apostando por un análisis cultural de las prácticas sociales, en socieda-

* Universidad Complutense de Madrid.

des como las nuestras, afectadas, entre otros muchos cambios dramáticos, por radicales transformaciones en los espacios de las vidas cotidianas.

A propósito de la noción de aprendizaje

Frente al planteamiento de un individuo hipersocializado en el que desembocaba el postulado de la unidad del mundo social -el presupuesto de la Antropología Cultural clásica y de la escuela funcionalista- entiendo que la interpretación del mundo contemporáneo requiere incorporar la confrontación de lógicas de acción heterogéneas. Se trata de una tesis que ha sido formulada de diversos modos por las teorías de la acción y de la incertidumbre, que coinciden en afirmar que ni la socialización ni tampoco la acción social pueden reducirse a una dimensión única. Es en este punto donde el marco de análisis propuesto por F. Dubet (1994) me resulta extremadamente pertinente.

Dubet parte de la constatación del “estallido de la Sociología [clásica]” para defender la utilidad de operar con el concepto de “experiencia social”; una noción con la que designa las conductas individuales o colectivas dominadas por la heterogeneidad de sus principios constitutivos y por la actividad de individuos que deben construir el sentido de sus prácticas en el seno de dicha heterogeneidad. Entre otras consecuencias, el reconocimiento de este estado de cosas vuelve a conferir actualidad a la idea de Simmel y Weber de la pérdida de unidad del mundo como criterio esencial de la modernidad.

Este punto de partida se concreta en tres ideas fundamentales. La primera afirma la he-



Gonzalo Vargas

terogeneidad de los principios que organizan las conductas de los actores. De ello se deriva que la identidad del sujeto ya no sea un “ser”, algo ya dado, sino un trabajo, la mayor parte de las veces arduo y laborioso. Los individuos deben esforzarse por construir la unidad a partir de los diferentes elementos de la vida social y de su multiplicidad de orientaciones. Por consiguiente, los

roles y las posiciones sociales ya no bastan para definir los elementos estables de la acción. En segundo lugar, la propia experiencia de la heterogeneidad de las lógicas de acción que se cruzan en la experiencia social, lo que explica que los individuos establezcan una distancia con respecto al sistema, lo que no significa ausencia de socialización. De este modo, se reconoce que las personas no se adhieren plenamente a roles y a valores, sino que establecen una “separación crítica y reflexiva” frente a éstos. Finalmente, dentro de este mundo la construcción de la experiencia colectiva reemplaza la noción de alienación en el seno del análisis sociológico. Ya no ha lugar para seguir operando con uno de los pilares de la tradición sociológica, desde Durkheim, pasando por Parsons y Elias para finalizar en la escuela funcionalista: considerar la acción social como la realización de normas y valores que se institucionalizan en roles interiorizados por los individuos a lo largo del proceso de socialización¹.

La complejidad y fecundidad de la propuesta de este autor desborda el alcance de estas páginas. Por ello, retengo únicamente otras dos ideas suyas sobre las que desarrollaré mi argumento. Ante todo, en contraposi-

ción con aquellas corrientes sociológicas que afirman poder reconstruir el conjunto social a partir de una única lógica de acción, desde la opinión de los actores ya no existe un “punto de vista único”. Por el contrario, en sus prácticas sociales, éstos adoptan todos los puntos de vista a la vez; es decir, combinan de modo continuo las distintas lógicas según las situaciones a las que se enfrentan. Finalmente, deseo destacar lo que Dubet (junto a otros sociólogos de la acción) denomina el “trabajo del actor”: la relevancia de sus prácticas sociales. Hay que partir de un “sujeto actuante” que construye su(s) identidad(es) social(es) en un proceso de actividad incesante, y siempre conflictivo, poniendo en relación principios heterogéneos.

Por consiguiente, la principal tarea de una sociología de los aprendizajes sociales consiste en dar cuenta de estas actividades. Se trata de sustituir el énfasis en los procesos psicosociales de integración de valores y normas en nuestra propia personalidad, por una sociología de las prácticas sociales. La socialización ha de entenderse como un proceso biográfico de incorporación de las competencias sociales generadas en los diferentes ámbitos de la vida social en los que los individuos desarrollan sus vidas cotidianas. Ello obliga a repensar la diversidad de los lugares y de las instituciones en los que tienen lugar dichas prácticas, admitiendo tanto el cambio evidente en la naturaleza y funcionamiento de estos “ámbitos de aprendizaje”, como el posible “estallido” de algunos de ellos.

Mi propuesta adopta simultáneamente, un enfoque dinámico que considera que la secuencia de los aprendizajes (y de los olvidos) se dilata a lo largo de toda la existencia de las personas. Asimismo, los aprendizajes son, por naturaleza, procesos conflictivos que reflejan

las tensiones provocadas por las distintas lógicas de acción que estructuran las experiencias sociales de los actores; una afirmación que, sin embargo, no debe ser tomada como sinónimo de una concepción dramática de la existencia. Finalmente, el dinamismo se refleja también en la multiplicidad de viejos y nuevos espacios en donde estos mismos se producen, se reproducen y se transforman.

Con base en todo lo anterior, me interesa insistir en la relevancia que adquieren los momentos y lugares de las prácticas sociales. La reflexión debe detenerse, inicialmente, en los mecanismos que emplean los actores para enmarcar la realidad, considerándolos como promotores de marcos alternativos para su interpretación. Estos procesos de “atribución de significados” son el resultado agregado de experiencias personales, memorias colectivas y prácticas sociales “objetivables”². Hay que reconocer la capacidad de los actores sociales para apropiarse y transformar, por medio de sus prácticas, los componentes de sus culturas políticas -entendidas aquí como el resultado último de sus aprendizajes colectivos.

Los actores confieren sentido al mundo leyéndolo, narrándolo y transformándolo en un trabajo que se asemeja a una labor de *bricolaje* que tiene lugar en múltiples espacios de interacción y comunicación social. Los aprendizajes son, pues, esencialmente activos e innovadores, nunca una mera recepción y asimilación pasiva de valores y normas de conducta. Pero, además, toda cultura política se encuentra enraizada en una ecología política en la medida en que está anclada en los diversos espacios de sociabilidad. Por consiguiente, las prácticas que tienen lugar en estos espacios -más aún, que los definen y les otorgan realidad - se convierten en auténticos “locus” de aprendizajes, de atribución de significados y de elaboración de estrategias y repertorios de acción social (Cefaï 2001).

1 “La sociología de la experiencia aspira a definir la experiencia como una combinación de lógicas de acción, lógicas que vinculan al actor con cada una de las dimensiones de un sistema. El actor está obligado a articular lógicas de acción diferentes, y es la dinámica engendrada por esta actividad la que constituye la subjetividad del actor y su reflexividad.” (Dubet 1994:105; traducción de la autora).

2 En realidad, no hago sino recurrir a la idea de “praxis cultural”, tal y como la emplea el denominado *frame analysis* en el estudio de la acción colectiva. Para una presentación más detallada de sus postulados véase Eyerman (1998).

Un paso adelante: los lugares y espacios de los aprendizajes sociopolíticos

En suma, la hipótesis que deseo defender afirma que aquel complejo fenómeno que acostumbramos a llamar ‘socialización política’ consiste, en lo esencial, en un conjunto de aprendizajes y olvidos que tienen lugar en aquellos espacios que contienen las prácticas sociales y que se suceden a lo largo de toda la existencia. Estos espacios sociales poseen, además de muchas otras características, la de ser lugares físicos (geográficos/geométricos) por lo que es pertinente suscitar como problema de reflexión las relaciones mutuas entre los espacios que posibilitan prácticas (y que a su vez son transformados por éstas) y las prácticas sociales vinculadas/ancladas en los espacios (que, a su vez, también inciden sobre las primeras). El binomio espacios/aprendizajes se presenta así, como eje de una nueva mirada de los procesos de socialización política.

Pero aún hay más. Desde hace tiempo asistimos simultáneamente, a la profunda transformación de estos espacios (físicos/sociales) como consecuencia de los profundísimos cambios que afectan a las sociedades contemporáneas. Pese a la inexistencia de un acuerdo sobre la naturaleza y las consecuencias últimas de dichas transformaciones, desde las Ciencias Sociales se admite que estos movimientos están provocando rupturas, o al menos alteraciones considerables, de dos de las dimensiones tradicionales del análisis sociopolítico clásico: el tiempo y el espacio; aquellas que daban sentido a la concepción de sociedad, y más concretamente de integración social, sobre la que han descansado hasta hace poco nuestros análisis.

Podrían citarse ejemplos de trabajos recientes que reconocen el impacto de estas transformaciones de los espacios de la vida social en los conflictos que aquejan a las sociedades contemporáneas³. Con diferentes énfasis e intenciones, estas contribuciones señalan la nueva tensión en la que está inserta la vida social. Por un lado, frente a la aceleración del

tiempo y a la omnipresencia del espacio, presenciamos una mayor visibilidad y un aumento del vigor de los viejos y nuevos localismos. Un redescubrimiento del valor de las “pequeñas dimensiones” que se traduce en la recuperación de la comunidad como espacio natural de la vida social y en el resurgir de formas de solidaridad primaria. Fenómenos tales como la importancia que han adquirido los movimientos e ideologías de la etnicidad, el *close to home* o los nuevos nacionalismos parecen responder a esta lógica. Por otro lado, se produce, simultáneamente, un movimiento en sentido contrario, hacia la globalización, que provoca la aparición de conflictos y movimientos sociales a escala planetaria, en donde los límites tradicionales de los espacios de la vida social se diluyen, y en donde el espacio geográfico del análisis social tradicional se torna problemático y parece ser sustituido por la idea de flujos. Recientemente, se ha popularizado el término “glocalización” para dar cuenta de esta doble tensión (Held et al. 1999).

Aunque los diagnósticos acerca de las consecuencias a mediano y largo plazos de todos estos procesos todavía están en pañales, sí estamos en condiciones de reconocer que esta nueva situación provoca la transformación, o incluso la disolución, de algunos de los espacios tradicionales de la vida social y política. Pero, al mismo tiempo, asistimos al nacimiento de potencialidades inéditas generadas por los nuevos espacios globalizados o virtuales. A pesar de la magnitud y la visibilidad de estos cambios, sorprende que las Ciencias Sociales, a lo largo de las últimas décadas, hubieran prestado mucha mayor atención a la dimensión temporal que a la espacial.

En el proceso histórico de “compartimentación” de las Ciencias Sociales el análisis espacial fue confinado casi exclusivamente a las

3 Entre otros muchos, pueden citarse los trabajos sobre la “sociedad red” de M. Castells (1981 1995, 2001), la concepción de los “no lugares” de M. Augé (1993) o los últimos trabajos de D. Harvey (1998) quien sigue profundizando en el tema de las relaciones entre espacio y desigualdad social.



Asistimos al nacimiento de potencialidades inéditas generadas por los nuevos espacios globalizados o virtuales. Pese a la magnitud y visibilidad de estos cambios, sorprende que las Ciencias Sociales, a lo largo de las últimas décadas, hubieran prestado mucha mayor atención a la dimensión temporal que a la espacial

disciplinas geográficas, y se lo introdujo en el análisis social a través de la Ecología y el Urbanismo. Mientras se reconoce que el lenguaje y la propia vida política son esencialmente espaciales, es patente el escaso peso de la investigación sociopolítica sobre el tema, más allá de la geografía política o de ciertas especialidades de las Relaciones Internacionales. El espacio adquiere así, en el vocabulario de la sociología política y más concretamente en los estudios de cultura política, connotaciones casi siempre metafóricas, que generan constantes referencias a esferas o espacios de la vida sociopolítica pero que no suelen descender, más que en contadas ocasiones, al análisis específico del modo en que se interrelacionan los espacios físicos y las prácticas sociales de aquellos que los habitan.

No obstante, es obligado reconocer que se ha producido un cierto interés por el análisis del espacio en la sociología política. Un movimiento paralelo a la recuperación de la dimensión diacrónica, aunque con mayores dificultades, puesto que está lastrado por la prevención que suscita un posible retorno de los viejos determinismos físicos de algunos de los fundadores de la teoría sociológica. Para empezar, a partir de la obra de S. Rokkan (1973, 1983) diferentes investigaciones de sociología histórica insisten en la conveniencia de trabajar con nuevos marcos espaciales en el estudio de los procesos históricos de desarrollo sociopolítico (Wallerstein 1991a, 1991b, 1998).

En muchas aportaciones de los teóricos de la acción colectiva, y particularmente en sus investigaciones sobre los “viejos y nuevos” movimientos sociales, también subyacen los

marcos espaciales como elementos significativos de las “estructuras de oportunidades políticas” (Tilly 1978; Tarrow 1997). Por su parte, algunos estudios sobre la construcción histórica de la ciudadanía confieren un papel destacado a los espacios en los que se generan las prácticas ciudadanas (Thompson 1977; Somers 1993, 1999). Finalmente, mencionaré que una parte muy importante de la discusión actual acerca de la naturaleza y profundización de la democracia en las sociedades contemporáneas, remite directamente al problema de sus escalas, de los marcos espaciales de los procesos de toma de decisiones y de la implicación ciudadana.

Admitámoslo: en la investigación sociopolítica, el espacio aparece por todos lados; pero casi nunca se le presta una atención directa. Además, a pesar de la disparidad y riqueza de sus enfoques de análisis y de sus objetos de estudio, ninguno de los ejemplos que acabo de mencionar aborda de modo directo la cuestión de los “aprendizajes” de lo político. Pero todos ellos afirman, explícita o implícitamente, una estrecha vinculación entre las prácticas sociales y las culturas políticas particulares que permiten atribuir significados a la realidad y, por consiguiente, intervienen en la acción social.

¿Cómo introducir, entonces, una concepción del espacio cuyo eje sea la experiencia social? La propuesta de M. De Certeau (1990) parece responder a este requisito. Para él “espacio es un lugar practicado” por lo que una calle definida geoméricamente por un urbanista se transforma en espacio por la acción de los “caminantes”. Además, existen profundas relaciones entre el lugar físico y el espacio

habitado⁴. En su argumentación, son las narraciones que efectúan los individuos, los caminantes, las que transforman incesantemente los lugares en espacios; y, a la inversa, son también éstos últimos los que organizan los juegos de relaciones cambiantes entre ambos. Pero, más allá de la centralidad que atribuye el antropólogo francés al lenguaje como herramienta de construcción de los mundos vividos, puede admitirse que otras prácticas o relaciones sociales, no necesariamente verbales, pueden establecer también estos puentes. En la misma línea, debe recuperarse la propuesta de M. Augé (1993) quien denomina “lugar antropológico” al espacio habitado y lo define como una construcción concreta y simbólica de éste, que constituye un principio de sentido para quienes lo habitan y, a la vez, es también un principio de inteligibilidad para quien lo observa. Para Augé estos lugares poseen tres rasgos comunes: se consideran (y son considerados) como identificatorios, relacionales e históricos. Por lo tanto, son espacios sociales plenos porque contienen en sí mismos, todo un conjunto de posibilidades, prescripciones y prohibiciones⁵.

A estas alturas parece ya inevitable plantear de una vez por todas, la pregunta que se insinúa en toda mi exposición: ¿Cómo articular ambas dimensiones -los aprendizajes y los espacios habitados- con una mirada que privilegia las prácticas sociales y que, al mismo tiempo, es deudora del nuevo análisis cultural de la política desarrollado desde los años 80?⁶

4 “Es un lugar el orden (sea el que fuere) según el cual ciertos elementos están distribuidos en relaciones de coexistencia [...] Un lugar es, pues, una configuración instantánea de posiciones. Implica una indicación de estabilidad.” (M. de Certeau 1990:173; traducción de la autora).

“Existe un espacio desde el momento en que se toman en consideración los vectores de dirección, las cantidades de velocidad y la variable del tiempo. El espacio es un cruce de móviles. En cierto modo está animado por el conjunto de movimientos que se despliegan en su seno.” (M. de Certeau, 1990:173; traducción de la autora).

5 “[el lugar antropológico] No es sino la idea, parcialmente materializada, que se hacen aquellos que lo habitan de sus relaciones con el territorio, con sus semejantes y con los otros.” (M. Augé Ibid.: 61).

El telón de fondo del discurso sobre el desarrollo histórico de la ciudadanía

Para avanzar en esta dirección, a lo largo de las próximas páginas, según la recomendación de M. Somers (1993, 1999) de llevar a cabo una sociología histórica de la formación de conceptos, plantearé el siguiente ejercicio: considerar los marcos espaciales implícitos en la concepción clásica de la ciudadanía y en la construcción de las culturas políticas asociadas a ésta.

El modelo del desarrollo urbano de la modernidad europea se encuentra en el trasfondo de la explicación y legitimación de toda la argumentación clásica sobre la construcción y el desarrollo de la ciudadanía y, al tiempo, sobre las características esenciales de la cultura política asociada a ella. Más aún, podría afirmarse que ésta opera con unos “mapas” excesivamente simplificados de la multiplicidad y variedad de las formas de organización espacial que generaron, incluso dentro del ámbito europeo, la Revolución Industrial y el “advenimiento de la sociedad moderna”.

Existe una vinculación estrecha entre los discursos acerca del “proceso de civilización”, la construcción del mundo urbano y el desarrollo de la ciudadanía. La ciudad se convierte, así, en el símbolo de la inclusión y de la exclusión -cuya representación física son las murallas que la ciñen y las puertas que permiten el paso a su interior- y en el lugar por excelencia de la vida social moderna. Muy pronto se advierte que la ciudad se estructura de acuerdo con los patrones de las grandes líneas de la desigualdad social; pero, paralelamente, se difunde una idea central en todo el pensamiento político y social contemporáneo: la ciudad es el lugar por excelencia para habitar, aquel que hace posible el pleno desarrollo de las capacidades intelectuales y morales de los seres humanos. En cierto modo, la

6 He tratado de analizar los principales rasgos de este “retorno de la cultura a un primer plano” en el análisis sociopolítico en M. L. Morán (1997).

verdadera esencia de la ciudad es la de constituir un “contenedor perfecto” para las “prácticas de habitar” de la ciudadanía. De aquí que una buena parte del impulso de los arquitectos o urbanistas asociados con las vanguardias y con diferentes corrientes reformadoras en las primeras décadas del siglo XX, repose sobre la convicción de que una intervención urbana transformadora constituye uno de los pilares de una política de superación de las desigualdades de la sociedad capitalista o incluso un punto de partida para su liquidación.

En consecuencia, los discursos sobre la socialización, la cultura política y la ciudadanía que se encuentran en el centro de las formulaciones de la Sociología clásica, operan sobre una idealización de esta realidad urbana de finales del siglo XIX y comienzos del XX. El telón de fondo sobre el que cobran sentido sus argumentaciones da por sentado un proceso de diferenciación y aumento de la complejidad urbana que no sólo constituye un reflejo de la estratificación social sino que, al mismo tiempo, provoca la separación entre el lugar de residencia y el del trabajo, y la aparición del barrio como lugar destacado de socialización y de prácticas sociales. Junto a la exigencia de los desplazamientos por la ciudad -de la residencia al trabajo- que posibilita el transporte público, la ciudad burguesa se caracteriza por la figura del paseante. Aquel *flâneur* que Baudelaire presentó como esencia de la modernidad y que fue después descrito magistralmente por W. Benjamin (1989a, 1989b). Un paseante que encuentra su espacio natural en las grandes avenidas de París o Viena pero, sobre todo, en los “pasajes”, aquellos pasadizos acristalados que fueron concentrando el pequeño comercio y que, para algunos, constituyen el antecedente de los grandes almacenes⁷.



Paralelamente, el barrio se convierte en el espacio “natural” de la vida social, forjador de solidaridades grupales y de clase. La reproducción de esta distribución espacial en las esferas y prácticas de ocio refuerza la creación de culturas locales fuer-

temente espacializadas. Ello explica, por ejemplo, que el análisis de Habermas (1974, 1992, 1994) del surgimiento de la opinión pública burguesa, y de su íntima relación con la constitución de la esfera pública, sea inseparable de la toma en consideración del espacio burgués y, en concreto, del papel de los cafés centroeuropeos o de los clubes en Inglaterra como los lugares por excelencia de este proceso. Por otro lado, el desarrollo de la conciencia de clase del proletariado urbano europeo no puede entenderse sin vincularlo con la vida en las tabernas o en los *pubs*, en las iglesias o en las plazas de los barrios⁸. Sobre este esquema espacial cobran realidad las dos grandes dicotomías con las que opera la Filosofía Política, al menos desde mediados del siglo XIX: público-/privado y Estado/sociedad civil⁹.

Todos estos espacios -cafés, plazas, tabernas, fábricas, despachos- operan como lugares -físicos, antropológicos, habitados- de sociabilidad sobre los que se moldean las instituciones y organizaciones de la vida política y

7 Véanse W. Benjamin (1989a y 1989b) y el análisis que realiza de este tema P. Bourdieu en “Las reglas del arte” (1995) a partir del estudio de la obra de Flaubert.

8 Este es uno de los temas centrales en la obra de E. P. Thompson (1977).

9 Omito conscientemente dos temas que completarían mi argumento. En primer lugar, el análisis de los elementos de ruptura y continuidad de las formas urbanas de la modernidad occidental frente a las ciudades medievales y modernas. En segundo lugar, habría que incorporar no sólo las diferencias sino también las aportaciones del mundo rural a la modernidad industrial y a la organización de los espacios de su vida cotidiana.

social del mundo contemporáneo. El ejemplo de la evolución de los partidos y sindicatos de masas a lo largo del siglo XIX y, al menos, durante la primera mitad del siglo XX es bien significativo a este respecto. Unos y otros adoptan estructuras organizativas y repertorios de acción que se moldean de acuerdo con los espacios de las vidas cotidianas de los habitantes de las ciudades modernas. De hecho, su modo de operar responde a una lógica de colonización y politización de dichos espacios. Las “casas del pueblo” o su versión burguesa, los “clubes”, constituyen un claro ejemplo de la politización de los espacios tradicionales de recreo. Al mismo tiempo, la mayor parte de los partidos políticos adoptan rápidamente estructuras organizativas basadas en la residencia -las agrupaciones de barrio- aunque en bastantes casos las combinan con otras definidas por el lugar de trabajo. Paralelamente, esta misma politización de los espacios es visible en la difusión y transformación de los repertorios de la protesta colectiva durante el mismo período -huelgas, manifestaciones, barricadas- y también en las modalidades de su represión por parte de las maquinarias estatales (Berman 1988; Tilly 1978).

Además, entiendo que en dicho modelo clásico de la ciudadanía existen tres espacios fundamentales que van a operar como principales “agentes de socialización”. En primer lugar, tenemos la propia ciudad, y de manera destacada las capitales de los Estados-nación. Los centros urbanos son “lugares de la memoria” por excelencia, por lo que constituyen piezas clave para la formación de las identidades colectivas y, en particular, para las identidades nacionales¹⁰. Sus “centros históricos” congregan los edificios en los que se encarna la esfera pública; aquellos que simbolizan la grandeza y fuerza del poder político y la unidad nacional: palacios reales, cámaras de representación, juzgados, ministerios... Todos ellos además, están pensados para la celebra-

ción de las ceremonias públicas a través de las cuales se actualizan y refuerzan los símbolos y mitos asociados a esta pertenencia común. Una arquitectura civil que va inscribiendo en la piedra, el cemento o el cristal los derechos y deberes inherentes al estatuto de la pertenencia, de la ciudadanía (Edelman 1995).

Efectivamente, a partir de finales del siglo XIX la ciudad se entiende cada vez más como el “contenedor” de una historia común. Ello explica el interés por la conservación de los centros históricos, la obsesión por multiplicar los museos o la auténtica manía de la estatuaría que ha abarrotado desde entonces, las principales plazas y calles con un nuevo “santoral” laico compuesto por un conjunto de ejemplarizantes “próceres de la patria”. En este mismo sentido, tampoco hay que olvidar el papel de los nombres que se asignan a las calles y monumentos cuyos cambios dan fe de los vaivenes de cada historia nacional.

De este modo, se concreta la función pedagógica de la ciudad: una ciudad-museo en la que el aprendizaje de algunos de los elementos esenciales del “nosotros común” tiene lugar a través de la contemplación y el paseo. El caminante, a lo largo de su recorrido, no sólo asiste a una representación cotidiana de la identidad colectiva y de la historia común, no sólo admira la grandeza y solidez del poder político, sino que el propio movimiento de su cuerpo entraña una auténtica práctica de estos espacios. Esta dimensión de la ciudad como encarnación de la nación es especialmente visible en aquellos casos en los que se idearon y construyeron *ex novo* capitales de estados, como Washington o Brasilia. Libres del peso de las complejas evoluciones históricas de los centros urbanos más antiguos y sin tener que soportar el lastre de lugares inconvenientes de la memoria, fueron concebidas simplemente como centros de poder. De aquí que en ellas la dimensión simbólica, la glorificación de una nueva religión civil, predominen sobre todas las demás facetas urbanas.

No obstante, contra esta imposición del espacio urbano como encarnación del poder tiene lugar su reapropiación por parte de los

¹⁰ La obra de referencia clásica en este punto sigue siendo la de M. Halbwachs (1968, 1976). Puede consultarse también el trabajo dirigido por P. Nora (1997) sobre la Francia contemporánea.



Existe una vinculación estrecha entre los discursos acerca del "proceso de civilización, la construcción del mundo urbano y el desarrollo de la ciudadanía..."
En un modelo clásico existen tres espacios fundamentales para el aprendizaje de ciudadanía: la propia ciudad, la escuela y la familia

ciudadanos. Sus desplazamientos, sus paseos, todos los modos que tienen de habitar estos espacios pueden interpretarse como formas de resistencia que generan notables mutaciones de sus significados y, por lo tanto, abren la posibilidad a nuevas prácticas colectivas. La interpretación del "texto urbano" se convierte así, en una labor muy compleja puesto que se trata de un manuscrito sometido a la transformación incesante que provocan las "lecturas cotidianas" de aquellos que lo habitan¹¹.

Al mismo tiempo, en torno al centro histórico y monumental de la ciudad tradicional crecen los barrios, auténticos ejes de la vida social. Junto a los edificios públicos de segundo orden -que siguen afirmando la presencia de la organización del Estado en las periferias- juntas municipales de distrito, comisarías de Policía, escuelas, oficinas de correos o juzgados de primera instancia- son los mercados, las plazas y los parques los centros por excelencia de la vida cotidiana de los ciudadanos. Así pues, los barrios son un lugar relevante para la construcción y la práctica de "subculturas políticas" ciudadanas.

El segundo espacio clave para los aprendizajes ciudadanos es la escuela¹². Más concretamente, el modelo laico de escuela pública que se implantó con ritmos e historias particulares, en Occidente desde la segunda mitad del siglo XIX, mediante la difusión de la educación primaria universal. No se debe olvidar que una de las grandes innovaciones de este modelo fue reunir en un mismo espacio -el

aula- a niños y jóvenes de la misma edad, sometidos a un programa educativo común. Un programa definido y controlado por el Estado e impartido por un cuerpo de funcionarios estatales. De entre todas las vivas discusiones pedagógicas que se originaron a partir de entonces, me interesa destacar dos ideas recurrentes:

En primer lugar, se entiende que el sistema educativo está destinado, primordialmente, a la formación de ciudadanos. Por ello, se pone el énfasis en la transmisión de aquellos valores que se consideran básicos en la formación de la personalidad de los "buenos ciudadanos" y de aquellos contenidos que vertebran el nosotros común (la lengua oficial del Estado-nación, la historia patria, la literatura "nacional"). El peso de la construcción de ciudadanía es mucho mayor que la preparación para el mercado de trabajo, aunque muy pronto se produce la división entre una educación de orientación humanista y otra de tipo técnico que se corresponden a *grosso modo* con la procedencia social de los alumnos.

En segundo lugar, todo el discurso educativo reposa sobre la igualdad de los alumnos dentro del aula. En ella, la única diferencia le-

11 N. García Canclini (1997) estudia el modo en que se producen estos cambios de significado y la consiguiente reapropiación de los espacios en Ciudad de México.

12 En un trabajo sobre la construcción y la práctica de la ciudadanía en la escuela (T. Gordon 2000) se espacializa de forma explícita el objeto de estudio por medio de una sugerente metáfora: el baile. Así pues, se distinguen tres escuelas: 1) la oficial, que es la que enseña los pasos correctos de la danza; 2) la informal, que es aquella en la que se practican pasos improvisados; y 3) la física, (el edificio) que es la sala de baile. Las complejas relaciones entre estas tres escuelas, así como sus conflictos y la forma de resolverlos, marcan la vía para comprender el baile final: los aprendizajes y prácticas ciudadanas en el ámbito escolar.

gítima se establece con base en el mérito y se concreta en un sistema de calificaciones homogéneo y universal. Las relaciones de los profesores con los alumnos están marcadas por los principios de igualdad, imparcialidad y justicia. Por su parte, las relaciones de los alumnos con el profesor responden al reconocimiento de una autoridad que le confiere no sólo la posesión de competencias y conocimientos básicos para la plena realización de la ciudadanía, sino también el hecho de que éste encarna la legitimidad de la organización estatal de la educación¹³.

De este modo, la escuela, y concretamente el aula, emergen también como espacios centrales en la construcción de la ciudadanía, y el estudiante es visto como un “ciudadano en formación”. Posiblemente, además, la clase sea aquel espacio en el que el niño y el joven reconocen y ejercitan por primera vez sus derechos más allá de la “ciudadanía por delegación”, de la que hablan los estudiosos¹⁴. Por otro lado, más allá de la propia realidad del aula, la escuela tradicional está claramente “espacializada”. Dentro de las ciudades, las escuelas primarias se ubican de acuerdo con la distribución de la población en los barrios y reclutan a sus alumnos entre sus residentes. En el modelo de desarrollo urbano tradicional europeo esta lógica garantizaba un cierto interclasicismo dentro de las aulas que iba desapareciendo a medida que se ascendía en los distintos niveles educativos. Pero esta situación se rompe definitivamente con la progresiva territorialización de la desigualdad social.

En cualquier caso, el conjunto “barrio + escuela” aparece como el contenedor por excelencia de los aprendizajes primarios de la vida política y social. A ello contribuye el hecho

de que sean los espacios en donde se forman y configuran los “grupos de pares”, las primeras amistades que, después, a lo largo de la vida, se irán complementando con las relaciones que se establecen en el mundo del trabajo y en otras esferas de la vida social.

Por último, el tercer espacio de aprendizaje ciudadano es la familia. Tanto los viejos como los nuevos trabajos sobre la/s socialización/es y la/s cultura/s política/s siguen destacando la centralidad del grupo familiar en los aprendizajes de valores y normas básicas de la conducta social, y también su influencia en algunas predisposiciones y actitudes esenciales con respecto a lo político. No quiero, por lo tanto, ni insistir ni tampoco introducir matización alguna sobre este tema. Sólo me interesa, como hasta ahora, tratar de presentar a la familia como espacio de aprendizaje, lo que me parece bastante más complejo que en los dos casos anteriores.

En el modelo de la modernidad, la familia se reduce hasta alcanzar las dimensiones y composición de lo que entendemos como “familia nuclear”¹⁵. Marcada por una división de funciones según el sexo y la edad de sus componentes y por una clara estructura de autoridad, ésta va a definir su propio territorio dentro de la vivienda o domicilio familiar. El domicilio -la casa unifamiliar en los suburbios, el piso burgués, la buhardilla o la vivienda obrera- se convierte progresivamente en el espacio de la privacidad, una vez producida la disociación entre el lugar de trabajo y el de la “vida privada”. La evolución, y progresiva uniformidad del diseño de las viviendas marca, a su vez, una nueva división entre los espacios íntimos o privados (el cuarto de baño, los dormitorios) y los espacios comunes para la vida familiar “pública” (el salón, el comedor o la cocina)¹⁶ en un esquema bastante rígido que

13 No deseo entrar en la crítica al funcionamiento real del modelo, en la exclusión de las mujeres ni tampoco en los motivos de su crisis actual; temas sobre los que existe una abundante literatura.

14 La “ciudadanía por delegación” (*citizenship by proxy*) es aquella en la que el disfrute de los derechos está supeditado a la existencia de relaciones de parentesco con un ciudadano “pleno”. Por ello los niños y jóvenes son los ejemplos por excelencia de este tipo de ciudadanía dependiente e incompleta.

15 Tampoco voy a entrar en este caso a considerar las críticas que los sociólogos e historiadores de la familia han hecho a la supuesta universalidad del modelo de familia nuclear.

16 Véase el análisis que realiza P. Bourdieu en “La distinción” (1991) sobre la organización del espacio y el “contenido” de las viviendas en Francia.

únicamente la enorme carestía del suelo urbano, y la consiguiente reducción de la superficie de las viviendas, han conseguido alterar.

La vivienda familiar es también el escenario de los afectos y de las solidaridades “primarias”. La puerta de la casa (con cerrojos) marca una separación neta en la vida privada (en la que se es siempre madre, padre, hija, esposo...) y la vida pública en la que nuestras identidades son mucho más complejas, plurales, conflictivas y, sobre todo, están sometidas a un intenso cambio. El ámbito familiar es así, el lugar de desarrollo de la dimensión del sujeto, la cara oculta indispensable para la formación de la “personalidad ciudadana”.

A pesar de la multitud de transformaciones que ha sufrido este modelo, la “ciudad integrada” ha seguido operando -y sigue haciéndolo aún hoy en día- como trasfondo de los estudios sobre la ciudadanía. Es el escenario que se corresponde con los discursos sobre el “deber ser” ciudadano y al que se adecuan las instituciones y organizaciones que vertebran las prácticas ciudadanas. Sólo sobre este telón de fondo adquiere sentido la existencia de una esfera pública ciudadana porque sólo en su seno cabe pensar en que ésta pueda realizar su promesa de unidad de la existencia social.

Aunque se trate de una ciudad marcada por las fronteras de la desigualdad social, se presenta -y es experimentada por sus habitantes- como una articulación de lugares vividos en los que están anclados los procesos de aprendizaje que conforman las identidades ciudadanas (y su incesante mutación). Lo verdaderamente relevante es que todos estos procesos dependen del contacto físico que genera cada una de las prácticas sociales que “corresponden” a cada uno de estos espacios: el trabajo en la línea de montaje, la compra en el mercado, la cerveza en el bar, el baile en la plaza, el paseo en el parque, la lección en el aula o el mitin en la plaza de toros.

Numerosos estudios indican la enorme capacidad de adaptación y resistencia de las formas de vida tradicionales en los procesos de transformación del tejido urbano. Pero otros muchos insisten en los efectos más perversos

de la mutación o incluso destrucción de los espacios físicos de la vida en común, tanto en las trayectorias vitales de los individuos como también en la adquisición de las cualidades básicas de la ciudadanía y en las posibilidades reales para su ejercicio efectivo¹⁷. Por el momento, sólo podemos admitir nuestro desconocimiento de las consecuencias a las que pueden dar lugar estos movimientos en direcciones aparentemente opuestas y aventurar que, muy probablemente, nos enfrentamos ya a nuevas formas de sincretismo entre viejas y nuevas prácticas ciudadanas.

Epílogo a modo de programa de trabajo: nuevos espacios y nuevos aprendizajes

Espero que toda la exposición anterior demuestre la necesidad de establecer un diagnóstico de la situación actual, que evite tentaciones milenaristas, que dé cuenta del modo en que se articulan las experiencias de ciudadanía con los viejos y nuevos espacios de la vida social y de la esfera pública. Para comenzar, no está de más reconocer que el viejo discurso de la ciudadanía, tal y como fue defendido por la teoría política y la sociología clásicas nunca cumplió su promesa. La unidad del mundo social, la nítida división entre las esferas pública y privada o la dicotomía Estado/sociedad civil, sobre la que reposaban una buena parte de sus fundamentos, han sido sometidas hace ya tiempo a una crítica sistemática. Paralelamente, la investigación aplicada en las Ciencias Sociales ha mostrado las fisuras y limitaciones del modelo de la “modernidad triunfante” y su incapacidad para dar cuenta de las desviaciones y disparidades que se ocultan bajo su aparente homogeneidad.

Sin embargo, parece obligado reconocer que la promesa y la propia realidad del discurso de la ciudadanía se ven mucho más com-

17 Así lo hacen, entre otros R. Sennet (1998) o M. Castells (1995) quien señala el doble movimiento de globalización virtual y de esfuerzo por recuperar y vivificar la vida de barrio en muchas ciudades.

prometidas, hoy en día, por una serie de transformaciones que afectan (entre otras muchas cosas) a los espacios de las prácticas sociales, y más en concreto de las prácticas ciudadanas. Por resumirlo de una forma muy rápida –y seguramente insuficiente- estamos asistiendo a un “desmembramiento” de los tradicionales espacios cuyo entramado constituía la esfera pública. Pero, por otro lado, ante nuestros ojos –probablemente sin que seamos plenamente conscientes de ello- se van configurando otros nuevos espacios –no necesariamente “físicos”- en donde inevitablemente tienen que recomponerse las relaciones sociales y políticas. Nuevos espacios para las nuevas prácticas ciudadanas.

Consideremos muy brevemente, tres transformaciones: ante todo, como efecto del desarrollo de las nuevas tecnologías los expertos afirman que está teniendo lugar una rápida difusión de una economía global, una de cuyas características esenciales es su menor dependencia del espacio. Unas economías “desterritorializadas” que están haciendo sentir su impacto en los sectores industriales y de servicios más tradicionales y que, para algunos, inauguran una nueva era del capitalismo global. Simultáneamente, como consecuencia de estos procesos, que tienen también un indudable impacto en las estructuras y pautas de desigualdad social, se generan transformaciones muy importantes en las vidas cotidianas de los ciudadanos que afectan al trabajo, la residencia, la educación o, incluso, a las formas de ocio. Ante esta situación algunos autores aprecian un aumento muy notable de la disolución de la vida urbana tradicional como consecuencia de la ruptura de los viejos tiempos y relaciones espaciales. Por último, la vida de los habitantes de las modernas metrópolis estaría dominada progresivamente por los “no lugares”: los espacios de tránsito y de consumo que alteran, si es que no imposibilitan, las formas tradicionales de convivencia social¹⁸. Así, los ritmos y exigencias de este nuevo tipo de vida –que afectan directa o indirectamente a un número cada vez mayor de personas a lo largo y ancho del mundo- están

rompiendo, o al menos transformando seriamente, las formas de la sociabilidad clásica. Los viejos espacios e instituciones vinculados a las prácticas de la ciudadanía se ven, así, seriamente amenazados, al tiempo que tenemos que prestar atención a la emergencia de nuevas esferas de prácticas ciudadanas.

¿Cuáles son los aprendizajes que se corresponden a estas nuevas situaciones? Esta es la pregunta que queda por contestar.

Bibliografía

- Almond, G. y Verba, S., 1970, *La cultura cívica*, Madrid: ed. Euroamérica.
- Augé, M., 1993, *Los “no lugares”: espacios del anonimato: una antropología de la modernidad*, Barcelona: Gedisa.
- Benjamin, W., 1989a, “Le flâneur”, en *Paris capitale du XIXème siècle*. París: les Éditions du Cerf, pp.434-472.
- _____ 1989b, “Pasages, magasins de nouveautés, caliquots”, en *Paris capitale du XIXème siècle*. París: Les Éditions du Cerf, pp.65-89.
- Berger, P. y Luckmann, T., 1994, *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires: Amorrortu.
- Berman, M., 1988, *Todo lo sólido se desvanece en el aire: La experiencia de la modernidad*. Madrid: Siglo XXI.
- Bourdieu, P., 1977, *Outline of a Theory of Practice*, Cambridge: Cambridge University Press.
- _____ 1991, *La distinción: criterio y bases sociales del gusto*, Madrid: Taurus.
- _____ 1995, *Las reglas del arte*, Barcelona: Anagrama.
- Castells, M. 1981, *Crisis urbana y cambio social*. Madrid: Siglo XXI.
- _____ 1995, *La ciudad informacional: tecnologías de la información, reestructuración Económica y el proceso urbano-regio-*

18 La película “American Beauty” ha sido interpretada por algunos críticos cinematográficos como una parábola de los efectos perversos de esta nueva vida “asocial”.

- nal}. Madrid: Alianza.
- _____ 2001, "La era de la información. Economía, sociedad y cultura". Vol. 2. *El poder de la identidad*. Madrid: Alianza.
- Cefaï, D., 2001, "Expérience, culture et politique", en D. Cefaï (ed.) *Cultures politiques*. París: PUF pp. pp.93-117.
- De Certeau, M., 1990, *L'Invention du quotidien. 1. Arts de faire*. París: Gallimard.
- Dubar, C., 1995, *La socialisation. Construction des identités sociales et professionnelles*, París: Armand Collin.
- Dubet, F., 1994, *Sociologie de l'expérience*, París: ed. du Seuil.
- Edelman, M., 1995, *From Art to Politics. How Artistic Creations Shape Political Conceptions*, Chicago: University of Chicago Press.
- Eyerman, R., 1998, "La praxis cultural en los movimientos sociales", en P.Ibarra y B. Tejerina (eds.) *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid: Trotta. pp.139-164.
- García-Canclini, N., 1997, *Imaginario Urbanos*. Buenos Aires: Eudeba.
- Gordon, T. et al, 2000, *Making Spaces: Citizenship and Difference in Schools*. London: Macmillan.
- Habermas, J., 1974, "The public sphere", *New German Critique*, pp. 49-55.
- _____ 1992, "Further reflections on the public sphere", en C. Calhoun (ed.) *Habermas and the Public Sphere*, Cambridge, MA: MIT Press, pp. 421-462.
- _____ 1994, *Historia y crítica de la opinión pública*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Halbwachs, M., 1968, *La mémoire collective*. París: PUF.
- _____ 1976, *Les cadres sociaux de la mémoire*. París: Mouton.
- Harvey, D., 1998, *La condición de la posmodernidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Held, D. et al., 1999, *Global Transformations*, Cambridge: Polity Press.
- Merton, R. K., 1987, *Teoría y estructura sociales*. México: Siglo XXI.
- Morán, M. L., 1997, "Sociedad, cultura y política: continuidad y novedad en el análisis cultural", *Zona Abierta* 77/78, Madrid.
- Moscovici, S., 2000, *Social Representations: Explorations in Social Psychology*, Cambridge: Polity Press.
- Nora, P. et al., 1997, *Les lieux de mémoire*, ed. Gallimard, París.
- Percheron, A., 1993, *La socialisation politique*, París: Armand Collin.
- Rokkan S. y Eisenstadt, S.N., 1973, *Building States and Nations: Models and Data Resources*, Sage: Londres.
- Rokkan, San y D. Urwin, 1983, *Economic Territory Identity: Politics of West European Identities*. London: Sage.
- Sennet, R., 1998, *La corrosión del carácter*, Barcelona: Anagrama.
- Somers, M. R., 1993, "Citizenship and the public sphere. Law, community and political culture in the transition to democracy", *American Sociological Review* vol 58, pp.587-620.
- _____ 1999, "La ciudadanía y el lugar de la esfera pública: un enfoque histórico", en S. García y S. Lukes (ed.) *Ciudadanía, Justicia Social, Identidad y Participación*, Madrid: Siglo XXI, pp. 217-234.
- Tarrow, S., 1997, *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid: Alianza Universidad.
- Thompson, E. P., 1977, *La formación histórica de la clase obrera en Inglaterra (1780-1832)*. Barcelona: Laia.
- Tilly, C., 1978, *From Mobilization to Revolution*. Londres: MacGraw Hill pp.143-17.
- Wallerstein, I., 1991a, *El Moderno Sistema Mundial*. México: Siglo XXI.
- _____ 1991b, *Unthinking Social Science. The Limits of Nineteenth-Century Paradigms*. Cambridge: Polity Press.
- _____ 1998, *Abrir las Ciencias Sociales: informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las Ciencias Sociales*. México: S. XXI.